

Fracaso escolar

En los últimos días viene apareciendo en la prensa que el fracaso escolar ha aumentado en cifras alarmantes, siete puntos, entre los cursos comprendidos entre el año 1999 y el 2006. Las autoridades, ante tan alarmantes tasas, están estudiando planes que combatan y reduzcan, en lo posible, este penoso fenómeno. Para entender el origen de este problema no hace falta un sesudo estudio de un prestigioso sociólogo. Basta echar la vista atrás y analizar comportamientos sociales, ciertas leyes y la influencia que han ejercido los medios de comunicación. Desde hace, aproximadamente, unos 25 años acá, el niño en la familia ha ocupado el trono. Los padres hemos hecho todo lo posible e imposible para atender todas las necesidades y complacer todos los caprichos, prevaleciendo en muchas ocasiones éstos sobre aquellas. Si los padres intuimos que el niño desea algo, antes de abrir la boca, ya se lo hemos proporcionado. Si el hijo aprueba el curso se le premia con una videoconsola, si no aprueba también se le proporciona, vayamos a ocasionarle un trauma. Los padres han dejado de ser padres y han cedido su sagrado estatus para descender al de colegas y como tales son tratados por sus hijos. Así, cuando las exigencias de los vastagos no pueden ser complacidas, muchos hijos llegan a agredir verbal y físicamente al atónito, incrédulo e infeliz 'colega'.

En el ámbito escolar se ha transmitido la idea de que todo se puede aprender jugando, el esfuerzo prácticamente ha desaparecido, quedando relegado a escasos y raros sujetos siendo en muchas ocasiones objeto de burlas, acoso e incluso agresiones. Todo el clima escolar debe estar enfocado a buscar la autoestima, el fracaso escolar puede ocasionar traumas irreparables. Estas ideas han sido divulgadas, hasta la saciedad, por ciertos pedagogos de salón y moqueta, que han encontrado un altavoz efficacísimo en los medios de comunicación. Todo esto ha calado profundamente entre padres, alumnos y en ciertos sectores del profesorado. En esta línea se llegaron a prohibir los deberes para la casa, al poco tiempo se dispuso que los alumnos pasaran de curso automáticamente; sin importar ni el trabajo ni el esfuerzo ni los conocimientos adquiridos. De este modo llegamos a que un número demasiado elevado de alumnos su única labor consiste en calentar el pupitre, declarándose objetares escolares. Eso sí, cargados de derechos y sin obligación alguna, a lo más concentran su único 'esfuerzo' en molestar e incordiar tanto al profesorado como a los 'pringaos' responsables y trabajadores, hurtándoles a éstos su derecho a la educación, y todo con la mayor impunidad y descaro. Esta es la triste realidad de la educación obligatoria.

Manuel Villena Lázaro
Granada